

Por qué la sociología y la historia rumana son importantes hoy

Daniel Chirot¹

Recibido: 24 de febrero de 2020 / Aceptado: 15 de julio 2020

Resumen. Discurso de investidura como Doctor Honoris Causa de Daniel Chirot, 10 de octubre de 2019, Facultad de Ciencias Políticas, Bucarest.

Palabras clave: sociología; historia; Rumanía.

[en] Why 20th century Romanian sociology and history are relevant today

Abstract. Investiture speech as Doctor Honoris Causa by Daniel Chirot, October 10, 2019, Faculty of Political Science, Bucharest.

Keywords: Sociology; history; Romania

Cómo citar: Chirot, D. (2020). Por qué la sociología y la historia rumana son importantes hoy. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Vol. 42: 141-149.

Cuando llegué a Rumanía en enero de 1970, procedente de la Universidad de Columbia en Nueva York, para comenzar la investigación de mi tesis doctoral, sabía muy poco sobre este país, excepto por los hechos básicos acerca de su historia. Había estudiado rumano durante un semestre, y me ayudó mucho el hecho de que hablaba francés con fluidez, pero realmente no tenía idea de cómo sería la vida en Bucarest.

Tenía una ventaja importante. Había conocido a Philip Mosely, que era profesor en Columbia. Mosely no era un profesor ordinario. En 1940 fue uno de los pocos académicos estadounidenses que no solo hablaba bien ruso, sino que también había realizado una extraordinaria investigación etnográfica en el sureste de Europa y tenía conexiones con académicos de toda la región. Había viajado a Rumanía, donde conoció a los famosos sociólogos Dimitrie Gusti y Henri Stahl. En 1940, en el momento de la partición de Transilvania en la que la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini obligaron a Rumanía a ceder la mitad norte de Transilvania a Hungría, Mosely había escrito un influyente artículo en *Foreign Affairs* mostrando que, de hecho, la composición étnica de la región cedida señalaba que debería haber seguido siendo rumana. Durante la Segunda Guerra Mundial se convirtió en un asesor de alto nivel del Departamento de Estado estadounidense y de los servicios de inteligencia de Estados Unidos. En 1946, Mosely fue uno de los delegados estadounidenses en la Conferencia de Paz de París de la posguerra que dio lugar a un tratado de 1947 que establecía las fronteras y atendía las reclamaciones en el sudeste de Europa, incluida Hungría. La opinión de Mosely de que el norte de Transilvania debería ser devuelto

¹ E-mail: chirot@uw.edu

a Rumania ayudó a que esa posición fuera asumida por los Estados Unidos, y Mosely fue considerado un amigo de Rumania, incluso por su régimen comunista.

Mosely me dijo que en 1946 Dimitrie Gusti había venido a París como un integrante menor de la delegación rumana que incluía como sus miembros más importantes a Gheorghiu-Dej, Lucrețiu Pătrășcanu, Ion Gheorghe Maurer y otros prominentes comunistas rumanos. El sociólogo Anton Golopenția, quien moriría en una prisión comunista en 1951 después de ser torturado durante las purgas de los aliados de Pătrășcanu, también estuvo en la conferencia de París. A Gusti se le permitió traer un número significativo de libros rumanos, incluyendo gran parte de los producidos por su escuela de sociología. Se los dio a Mosely. Como resultado, la biblioteca de la Universidad de Columbia resultó tener la que probablemente sea la mejor colección de material rumano de cualquier universidad estadounidense, algo que, ni que decir tiene, me ayudó mucho. Mosely finalmente regresó a la vida académica y fue uno de los fundadores y miembros más influyentes de los estudios de Rusia y Europa del Este en universidades estadounidenses. Fue Philip Mosely quien organizó mi alojamiento en Rumania en el *Centrul de Cercetări pentru Problemele Tineretului* (Centro de Investigación para los Problemas de la Juventud) que era el brazo de investigación para el ala juvenil del Partido Comunista y, por lo tanto, conectado con el Comité Central bajo la protección de Miron Constantinescu. En 1969, justo antes de partir para Rumania, Mosely me presentó a Corneliu Bogdan, el embajador rumano en los Estados Unidos. Bogdan fue un miembro destacado del Partido Comunista y un destacado diplomático hasta que, en la década de 1980, rompió finalmente con Ceaușescu y se convirtió en un paria, solo para unirse a la resistencia contra el régimen en 1989. Pero en 1969 todavía era un importante diplomático rumano y él amablemente me dijo que si tenía algún problema me pusiera en contacto con él.

Cuando llegué a Rumania, conocí al Director del Instituto, Ovidiu Bădina, quien resultó ser el editor de una colección de varios volúmenes del trabajo de Dimitrie Gusti. Fue Bădina quien, a petición mía, y por consejo de Philip Mosely, me presentó a Henri Stahl. Stahl se convirtió en mi asesor académico más cercano y en un buen amigo a pesar de nuestra gran diferencia de edad de 41 años. Y esta conexión me abrió una ventana a la historia y los logros de las ciencias sociales rumanas. Cuanto más aprendía, más complicada y trágica parecía ser su historia.

Por supuesto, hubo historiadores y analistas sociales notables en Rumania mucho antes de la Primera Guerra Mundial. Las cuestiones de nacionalidad y etnia, el problema de los campesinos y los legados históricos de una herencia cultural muy diversa estaban en el corazón de la vida intelectual rumana. Lo que faltaba era una base etnográfica más sólida. Alrededor del 80% de la población de Rumania era rural al término de la Primera Guerra Mundial, y esa proporción era aún mayor si solo se tomaba en cuenta a los rumanos étnicos en comparación con las minorías más urbanizadas. Sin embargo, había muchos aspectos de la vida rural que todavía no estaban bien estudiados. El período entre las dos Guerras Mundiales cambió aquello. Fue Dimitrie Gusti quien estableció y desarrolló una escuela distintiva de sociología rumana. Las contribuciones de Gusti son bien conocidas y se ha escrito mucho sobre él y su trabajo. Combinado con la capacidad cada vez más sofisticada de recopilar buenas estadísticas que culminaron en el maravilloso censo de 1930, el resultado fue que la ciencia social rumana estaba bastante avanzada en 1940, más de lo que cabría esperar de un país que todavía era uno de los más pobres de Europa. Hubiera sido más destacada aún si el Congreso Mundial del Instituto Internacional de Sociología

hubiera tenido su reunión prevista en Bucarest en 1939. Pero la guerra intervino y fue cancelada.

Lo que hacía distinto a Gusti era su tolerancia para con una variedad de puntos de vista políticos cuando, en la década de 1930, la política estaba cada vez más amarga y profundamente dividida. Aceptó tener un joven comunista, Miron Constantinescu, trabajando con su grupo. Aceptó un ideólogo de la Guardia de Hierro llamado Traian Herseni, que escribía alabanzas a la Legión. Herseni pasó de hacer una investigación rural interesante para escribir propaganda cada vez más antisemita y ultranacionalista. Stahl, por otro lado, era un socialdemócrata marxista moderado que tenía una perspectiva política mucho más benigna y también era el sociólogo rural más original y cualificado del grupo Gusti.

El trabajo de Gusti, su acceso al apoyo financiero y su capacidad para proteger a varios estudiantes, al menos hasta que todo empeoró después de 1939, dependía en parte de su prestigio académico. Pero no molestaba el que su esposa fuera la prima de la famosa Magda Lupescu, amante, y luego esposa del Rey Carol II en el exilio. Carol se aseguró de que Gusti recibiera amplios fondos, y Gusti correspondió siendo leal al gobierno autocrático de Carol. Esto no impidió que Gusti promoviera un tipo de investigación de campo rigurosamente objetivo y no ideológico que produjo una gran cantidad de publicaciones que siguen siendo esenciales hoy para cualquiera que quiera estudiar la sociedad rural rumana de entreguerras. El propio Gusti murió en 1955, pero en 1970 Henri Stahl y su esposa me presentaron a la viuda de Gusti, una anciana digna que era, en cierto sentido, como muchas otras personas que conocí en ese momento, una especie de ventana viviente a la élite de un pasado muy diferente.

Como nota de paso, podría agregar que también conocí a Traian Herseni, quien, después de un período bastante corto en prisión, fue sacado para ayudar a escribir bajo pseudónimo, y luego con su propio nombre, algo de sociología interesante pero también propaganda a favor del comunismo. En un momento de descuido, una vez me dijo que en el pasado solía escribir alabanzas a “Căpitanul”, es decir, el líder fascista Corneliu Codreanu. Ahora, en 1970, afirmaba que todavía escribía algunos elogios similares, pero de Ceaușescu. No es tan diferente después de todo, dijo. Luego resultó obvio que estaba arrepentido de haber dicho aquello, puesto que se mostró cauteloso acerca de revelar sus sentimientos políticos. Pero Herseni claramente aprobaba el creciente etno-nacionalismo y los pronunciamientos antirrusos del régimen comunista, al igual que muchos intelectuales de derecha del pasado. No necesito entrar en detalles sobre las opiniones de Herseni acerca de la eugenesia y la raza. Eran horribles. Aunque Gusti ayudó a protegerlo durante el período en que los principales Legionarios estuvieron en peligro en 1938, nunca estuvo de acuerdo con ese aspecto del pensamiento de Herseni.

Debo decir que uno de mis grandes remordimientos es que, aunque conocí a un buen número de intelectuales distinguidos de ese período anterior a la guerra, incluido, no mucho antes de su muerte, a Petru Comarnescu, uno de los pocos intelectuales rumanos mayores que hablaba un excelente inglés, no entendí completamente en 1970 cuánto representaban estas personas el período dorado en la vida cultural rumana antes de que una gran oscuridad cayera sobre Rumanía y gran parte de Europa a fines de la década de 1930 y después. Tampoco entendí cuán estrechamente interrelacionados estaban todos, cuán bien se conocían, ni cuán complicadas eran sus relaciones cuando se dividieron en facciones políticas competitivas y enemistadas. Los resultados en sus vidas personales fueron mucho más dramáticos que cualquier

cosa que los académicos estadounidenses hayan experimentado. Encarcelamiento, para algunos tortura y muerte; para otros, gran éxito, seguido de desastre y, a veces, rehabilitación. No es de extrañar que, en general, no hablaran sobre el pasado, e incluso Stahl tampoco me contó muchos detalles. Yo debería haber hecho más para preguntar a estas personas, para escribir sobre ellos, y para hacer su trabajo más accesible fuera de Rumanía. Por lo menos siento que hice algo de eso para Henri Stahl, pero no lo suficiente.

No voy a tratar de decir nada nuevo sobre Henri Stahl. El excelente trabajo de Zoltán Rostás cubre esto muy bien, y yo recomendaría el libro de Rostás *Monografía ca Utopie, Interviuuri cu Henri H. Stahl (1985–1987)*, y también muchos de los otros trabajos de Rostás. Todo lo que quiero enfatizar es lo que encontré más inspirador, y lo que me ha guiado desde entonces, incluso cuando comencé a investigar y escribir sobre temas fuera de Rumanía. Para comprender una sociedad, ya sea un pueblo de montaña en particular como Nerej en Vrancea, o una sociedad mucho más grande, o muchas, requiere historia, comparación y un sentido más grande del mundo. Esa era también la perspectiva de mi mentor estadounidense Immanuel Wallerstein, por lo que él y Stahl eran intelectualmente bastante compatibles. Incidentalmente, Wallerstein publicó un buen artículo de Stahl en la revista que sacaba el centro de Wallerstein, y se las arregló para publicar mi traducción de uno de los mejores libros de Stahl con Cambridge University Press. Era el que Stahl había escrito en francés, *Les anciennes communautés villageoises roumaines; asservissement et pénétration capitaliste*, o en la traducción al inglés, *Traditional Romanian Village Communities: The Transition from the Communal to the Capitalist Mode of Production in the Danube Region* (Comunidades tradicionales de la aldea rumana: la transición del modo de producción comunal al capitalista en la región del Danubio). Este libro era la síntesis que Stahl había hecho de su gran trabajo de tres volúmenes publicado desde 1958 hasta 1965, *Contribuții la studiul satelor devălmașe românești*. Me complace observar que se reimprimó en 1998 en una nueva edición con fondos de la Fundación Soros.

Finalmente, Stahl estuvo más influenciado por la escuela histórica francesa de Annales y particularmente por el trabajo de su fundador, Marc Bloch, que por la tradición filosófica alemana que era tan actual en la década de 1930. El conocimiento detallado de la historia agraria, parte de la observación contemporánea de pueblos y tierras de cultivo, podría contribuir en gran medida a comprender cómo un sistema social completo evolucionó y dio forma al presente, incluso si había habido muchos cambios. Solía decirme que lo que necesitaba eran imágenes aéreas para recuperar los paisajes del pasado, pero, por supuesto, eso no estaba disponible en los tiempos comunistas cuando hacía gran parte de sus escritos sobre historia agraria. Ahora podría ser, y me pregunto si hay jóvenes historiadores y antropólogos rumanos interesados en hacer tales estudios. En combinación con el trabajo del grupo de académicos Gusti de la década de 1930 se podrían producir algunos nuevos, importantes conocimientos sobre la historia social rumana. Si ahora tuviera que comenzar de nuevo como un joven investigador, creo que eso es lo que me gustaría hacer.

Sin embargo, mi punto principal hoy no es repasar en detalle la historia del grupo Gusti, o resumir el trabajo de Henri Stahl, o explicar cómo eso me influyó. Más bien, después de haber presentado estos temas, quiero discutir las razones del fracaso final y profundamente triste de ese esfuerzo de Dimitrie Gusti y sus seguidores para

producir un tipo de investigación empírica, objetiva y no ideológica para resolver los problemas sociales de Rumania. El principal de estos problemas sociales y económicos en las décadas de 1920 y 1930 era la situación agraria. Después de la reforma agraria que siguió a la Primera Guerra Mundial, demasiados campesinos rumanos vivían en parcelas pequeñas e ineficientes. Esto no generaba suficiente excedente para invertir en la industria. La situación creó un vasto depósito de descontentos listo para la explotación por parte de los políticos. El hecho de que una parte importante del comercio y la industria estuvieran en manos de aquellos que no se consideraban auténticos rumanos (judíos, griegos, alemanes, húngaros) alimentaba la xenofobia y el descontento en las ciudades. Todo eso condujo a un crecimiento de lo que hoy llamamos populismo nacionalista, al menos algunos de los cuales, si no todos, se podrían llamar más apropiadamente fascismo.

Solo hay que mirar los viejos noticiarios de las manifestaciones y desfiles de la Guardia de Hierro para notar cuánto trataron de proyectar la imagen de ellos mismos como representantes de un campesinado auténtico idealizado. Para ser sincero, no eran sólo los fascistas los que hacían esto, sino también el mucho más liberal Partido Campesino Nacional, que también apelaba al populismo rural. Sin saber mucho sobre los campesinos rumanos, el análisis marxista del sociólogo Dobrogeanu-Gherea sobre la sociedad rumana en 1910 había identificado la situación agraria como el aspecto más importante de la sociedad rumana.

La idealización de este campesinado constituía una parte importante del nacionalismo rumano, pero cuando Gusti decidió abordar los problemas de Rumania, se dio cuenta de que glorificar una mítica esencia campesina y hablar de su excelencia racial no resolvería nada. El objetivo nunca fue hacer sociología rural solo por expandir el conocimiento, sino más bien producir estudios que guiaran la reforma agraria y crear instituciones de acción social que educaran a la sociedad rural y la ayudaran a mejorar. Poner al campesinado en el centro de este esfuerzo fue tanto un proyecto nacionalista como el de los escritos más idealizados de alguien como, por ejemplo, Lucian Blaga, pero estaba destinado a ser más práctico al ser más objetivo, más científico y más directamente útil. Conviene recordar que Stahl no tenía mucho respeto por Blaga porque pensaba que mistificar la naturaleza de los campesinos de Rumania ignoraba la realidad.

La historia de Gusti de combinar la investigación sociológica con la acción social es bien conocida, al menos aquí en Rumania. Era un objetivo noble, pero, por supuesto, fracasó. El fracaso fue predeterminado por razones que son obvias en retrospectiva.

Rumania estaba política y socialmente demasiado polarizada en la década de 1930 para poder resolver sus problemas. Aunque había elecciones y una especie de democracia parlamentaria, la creciente fuerza de la extrema derecha empujó al Rey Carol a intentar crear una especie de fascismo real. Era antidemocrático y autocrático, y también corrupto, ciertamente, pero era una especie de falso fascismo, no uno de verdad. Preocupado por una situación internacional cada vez más peligrosa, Carol apenas podía dedicar tiempo o esfuerzo a continuar experimentos sociales interesantes. Y finalmente, con las victorias militares de Hitler en 1940, la dictadura del rey se derrumbó y con ella cualquier posibilidad seria de reforma social a medida que el país se militarizó por completo y finalmente, en 1941, entró en la Guerra Mundial como aliado de Hitler.

Después de la guerra, no había posibilidad de que la escuela de Gusti pudiera revivirse, y mucho menos sus experimentos sociales. En 1948, la sociología fue declarada ilegal como una “ciencia burguesa” no digna de apoyo estatal. Henri Stahl y la mayoría de los demás perdieron sus puestos universitarios. Stahl sobrevivió con la ayuda de Miron Constantinescu, pero vivió mucho peor que antes. Pasó mucho tiempo antes de que se le permitiera publicar nuevamente, y solo en la década de 1960 recuperó gradualmente su antiguo estatus. Nuevamente, fue ayudado por Miron Constantinescu quien, después de ser purgado por Gheorghiu-Dej, fue completamente rehabilitado por Ceaușescu. Es una historia larga y tortuosa que terminó bien para Stahl, por lo que cuando lo conocí, a pesar de que era viejo, publicaba regularmente nuevos trabajos y tenía devotos discípulos. Para entonces, la sociología había revivido y había una cantidad creciente de buenas investigaciones sociales.

Lamentablemente, no duró. Junto con la reacción contra la reforma iniciada por Ceaușescu a principios de la década de 1970 que culminó con la degeneración de la economía rumana en la década de 1980, la investigación social se convirtió en otra víctima política. Solo desde 1990 ha revivido una vez más, no solo en sociología y ciencias políticas, sino también en historia y todas las demás ciencias sociales.

El hecho es que la investigación en humanidades y ciencias sociales siempre depende del apoyo de un entorno político favorable. Los dictadores, ya sea a la derecha o a la izquierda, no pueden permitir que la investigación social e histórica sea imparcial porque eso podría socavar su legitimidad ideológica. Solo se puede permitir un tipo de investigación social muy limitada y tecnocrática, e incluso eso está sujeto a un control riguroso en cualquier régimen antidemocrático.

Lo que le sucedió a la escuela Gusti fue un ejemplo perfecto de ello. Pudo prosperar en la década de 1920 y principios de 1930, en un entorno relativamente democrático. Pudo continuar por un tiempo bajo la dictadura de Carol debido a circunstancias especiales, pero no indefinidamente. Fue deformada y por fin eliminada después de 1940, primero por la extrema derecha, luego más completamente por los comunistas. Fue revivida en un momento de liberalización gradual de las comunidades que llegó a su punto máximo justo cuando llegué a Rumania en 1970. Luego fue aplastada gradualmente hasta el derrocamiento del comunismo.

Entonces, ¿por qué es esto relevante hoy, más allá de una cuestión de curiosidad histórica? Por dos razones.

Una de ellas es que es un recordatorio de la vulnerabilidad de lo que siempre ha sido una parte fundamental de la Ilustración del siglo XVII y XVIII, una Ilustración que ganó fuerza en el siglo XIX para crear nuestro mundo moderno. La Ilustración no fue solo un movimiento para separar la religión de la ciencia a fin de obtener una mejor comprensión del mundo natural. Sí, eso produjo la revolución científica de la que surgieron las tecnologías y los avances cada vez más rápidos que han caracterizado al mundo desde finales del siglo XVIII. Pero la Ilustración también promovió la idea de que la ciencia debería ayudar a la humanidad, y que los viejos sistemas sociales basados en el privilegio hereditario, en la ortodoxia religiosa fosilizada y en la negación de los derechos humanos individuales deberían ser reemplazados. Fue a partir de la filosofía social de la Ilustración que surgieron ideas para impulsar la Revolución Americana y Francesa. La difusión de esas ideas, primero en toda Europa y luego en todo el mundo, ha sido desde entonces una parte fundamental de la creación de sociedades más justas y democráticas. Pero esa es precisamente la parte de la Ilustración, que siempre ha sido vulnerable a los ataques de las fuerzas políticas y las

ideologías que rechazan los derechos individuales en favor de los derechos de grupo hereditarios, que rechazan la democracia a favor de la autocracia, que rechazan la verdad en favor de las formas supuestamente superiores de dogmatismo, y que en última instancia buscan aplastar el pensamiento libre.

En la crisis de la década de 1930 en todo el mundo, fuerzas antiilustradas, o como lo expresó el filósofo liberal británico Isaiah Berlin, las fuerzas de la contra-Ilustración ganaron terreno. En parte fue la desilusión producida por el rechazo de las formas burguesas supuestamente corruptas que habían comenzado incluso antes de la Primera Guerra Mundial. Más aún, fue una reacción a la catástrofe de esa guerra, y luego a la Gran Depresión de los años treinta. Rumania no fue la excepción. Me sorprendió leer algunos artículos en revistas rumanas de la década de 1920 que mostraban cuán influyente fue el pesimismo de Oswald Spengler. También hubo un creciente antagonismo hacia las minorías étnicas. Y finalmente, por supuesto, el ascenso del fascismo europeo que alcanzó su apogeo en 1933 cuando Hitler asumió el poder, contribuyó al fortalecimiento de la extrema derecha de Rumania. Y esa extrema derecha era decididamente hostil al liberalismo ilustrado.

Lo sorprendente es cuántos de los intelectuales más distinguidos de Rumania cayeron en esto, y promovieron no solo a la extrema derecha sino específicamente al movimiento Legionario de Codreanu. No fueron solo Nichifor Crainic (quien, como Herseni, reconcilió su etno-nacionalismo religioso con el nacionalismo comunista después de su época en prisión), Nae Ionescu o Constantin Noica, cuya asociación con la Guardia de Hierro fue más o menos temporal, sino también el joven Mircea Eliade, que más tarde se haría internacionalmente muy famoso. Todos estos, y muchos otros intelectuales bien educados fueron seducidos por lo que muchos historiadores han caracterizado como el movimiento fascista más violento en Europa después del nazismo.

¿Qué es lo que era tan atractivo? ¿No deberían haberlo comprendido? Si algo los unía, era este etno-nacionalismo místico que creía que había algo particularmente noble y único en la sangre rumana. Esa sangre llevaba su propia cultura. Por lo tanto, la influencia cultural extranjera, pero aún más la mezcla con sangre impura y no rumana había debilitado la fuerza nacional. Como Katherine Verdery señaló de forma un tanto leve en su libro *National Ideology Under Socialism: Identity and Cultural Politics in Ceausescu's Romania*, un tipo de nacionalismo muy similar se convirtió en el centro del intento del comunismo tardío de legitimarse a sí mismo. Esto redujo la diferencia entre el fascismo y el comunismo, aunque decir esto antes de 1989, o incluso hoy, despierta bastante rechazo.

Creer que la cultura y la fuerza nacionales están ligadas a la sangre no es necesariamente lo mismo que querer cometer genocidio contra los elementos contaminantes de la nación, pero es un buen primer paso en esa dirección. Gusti, Stahl y al menos algunos otros intelectuales prominentes, incluido Comarnescu, no se dejaron engañar y evitaron apoyar a los elementos místicos, religiosos, racistas y violentos que ganaron terreno en Rumania a fines de la década de 1930 y principios de la década de 1940. La mayoría de los intelectuales rumanos no resistieron y muchos simpatizaron con la extrema derecha.

Durante el año académico 1975-1976, cuando acababa de comenzar en la Universidad de Washington, Mircea Eliade vino a dar una conferencia. Fue una continuación de su objetivo de toda la vida de debilitar y finalmente desacreditar a la Ilustración. Habló sobre Isaac Newton, describiéndolo más como un místico religioso

que consideraba su alquimia y sus obsesiones religiosas como más importantes que sus avances científicos. Eliade era un erudito cuidadoso, y lo que decía no estaba del todo equivocado. Pero como con muchos otros aspectos de su carrera, incluidos sus escritos más famosos sobre religión y las distorsiones de sus experiencias en la India, el objetivo era socavar la fe en la Ilustración liberal, científica y modernizadora. Después de su conferencia, me acerqué a él y le dije que era amigo de Henri Stahl. Parecía avergonzado, preguntó cómo estaba Stahl y se dio la vuelta para hablar con alguien más. Entendí de inmediato que sabía cosas sobre su pasado que había ocultado cuidadosamente en la Universidad de Chicago. El punto era que, a diferencia de otros, especialmente Emil Cioran, Eliade nunca se arrepintió.

Esto lleva a mi segunda y concluyente reflexión. No es solo que el liberalismo ilustrado demostró ser muy vulnerable en Europa y en gran parte del mundo en la década de 1930. El hecho es que hoy está sucediendo lo mismo aquí, en esta región de Europa Central y Oriental, y en toda Europa, y en otras partes del mundo, incluido Estados Unidos, que en la década de 1940 fue el país que salvó la democracia y el lado humanista de la Ilustración. Si en Estados Unidos, en Inglaterra y en Europa Occidental, la creencia de la Ilustración en el pensamiento libre, en la democracia y en la defensa de los derechos humanos individuales está amenazada, ¿de dónde vendrá el rescate? ¿Qué pasa si esta vez Estados Unidos ya no está disponible? No es China la que podrá asumir ese papel.

¿Por qué ha sucedido esto? Parte de la razón ha sido el implacable ataque contra el liberalismo tanto desde la izquierda como desde la derecha, y por lo tanto el fracaso de los sistemas educativos en Occidente para enseñar la historia de esa lucha durante muchos siglos. Después de todo, fue la Ilustración la que emancipó a la humanidad de su pasado opresivo.

Para volver a los años 1920 y 1930, no es que los jóvenes intelectuales en Rumania, o en otros lugares crearon una tiranía fascista por su propia cuenta, sino que estaban preparados para legitimarla, para difundir sus ideas, y para enseñar a una nueva generación de intelectuales a hacer lo mismo. En gran parte, porque habían abandonado la fe en la Ilustración.

Sucedió lo mismo con los intelectuales comunistas, aunque en la mayor parte de Europa hubo muchos menos de estos antes de la Segunda Guerra Mundial que después, cuando la extrema derecha fue desacreditada temporalmente, y en Occidente, particularmente en Francia e Italia, toda una nueva generación de intelectuales anti-ilustrados se volvieron hacia el comunismo.

Comprender mejor cómo la Ilustración fue rechazada en gran medida aquí en Rumania, y en otras partes de Europa, puede ayudarnos a comprender mejor por qué podría suceder algo así nuevamente.

No estoy sugiriendo que las condiciones geopolíticas o económicas mundiales sean las mismas que en la década de 1930. Más bien, estoy diciendo que parte de la misma desconfianza hacia el humanismo liberal está en acción. En las próximas crisis políticas y económicas que ocurrirán, ante el continuo cambio social disruptivo rápido, la difusión de ideologías anti-Ilustración, anti-occidentales, antiliberales y antidemocráticas seguramente generará nuevos movimientos neofascistas y quizás incluso pueda regenerar una extrema izquierda igualmente iliberal.

Esto no debería ser así. Sabemos lo que sucedió como resultado de tales procesos en el siglo XX. No podemos predecir acontecimientos políticos futuros, pero podemos estar seguros de que, si no prestamos atención a las consecuencias de la propa-

gación de los sentimientos contra la Ilustración, experimentaremos otro conjunto de terribles desastres.

¿Qué podemos hacer como académicos, como maestros, como escritores? Pocos de nosotros tenemos el tipo de poder político que cambiaría las cosas de manera directa. Pero aquellos que estamos en las humanidades y las ciencias sociales podemos mirar hacia atrás y tratar de entender por qué algunos intelectuales se resistieron, por qué otros no lo hicieron y qué podemos hacer para brindar más apoyo a quienes luchan por la Ilustración liberal. Entonces podremos enseñar lo que hemos aprendido y preparar a los jóvenes para que tomen una posición más firme en esa dirección. Eso no es lo que todos pueden o deberían hacer, pero al menos aquellos de nosotros involucrados en las ciencias sociales y las humanidades que estudiamos el mundo moderno deberíamos hacerlo.

Ahora es un tópico, pero sin embargo es cierto que la famosa cita de George Santayana es acertada: “Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo”.

Hace unos 20 años comencé a entender esto, bastante tarde en mi carrera. Desde entonces, he tratado de explorar el significado de la Ilustración, las razones de su fragilidad y las consecuencias de abandonarla. Mis libros más recientes han sido sobre eso, obviamente, el libro titulado *The Shape of the New: Four Big Ideas and How They Made the Modern World* que escribí en colaboración con un colega. Mi libro más reciente que saldrá pronto, *You Say You Want a Revolution? Radical Idealism and Its Tragic Consequences* retoma algunos de los mismos pensamientos sobre cómo interpretar la historia. Hay algo, pero no mucho, sobre Rumania en cada libro. Pero ahora reconozco que han sido los años de pensar y leer sobre Rumania y del contacto con las personas que conocí cuando llegué por primera vez que he obtenido muchas de mis ideas más generales. Resulta que gran parte de todo eso también es aplicable al resto del mundo. Me llevó mucho tiempo comprenderlo completamente, pero ahora lo hago. Por esto le estoy muy agradecido a Rumania.

Traducción del inglés de José M. Faraldo